

Con afán de autocritica (noble y laudable) varios pedagogos levantan su voz contra los sistemas de educación contemporáneos, contra la decadencia de la Universidad y demás centros docentes, y extendiendo un poco el campo de las censuras, hasta contra la civilización moderna en general. El principal punto de censura es la superficialidad o la unilateridad de la formación. Se estudia únicamente el aspecto cuantitativo de las cosas; y aun éste en su dirección de útil o aprovechable para satisfacer las necesidades primarias y fundamentales (alimento, vestido, vivienda, transporte) y para el confort y refinamiento del goce y disfrute de la vida. Utilitarismo. En último resultado, materialismo o, sin llegar a tanto, positivismo.

Y tratan de probar sus afirmaciones aduciendo unos cuantos hechos: la Universidad se contenta con enseñar propedéuticas, las "ciencias" se enderezan a buscar lo práctico, el arte se industrializa y, en los deportes, apenas si busca nadie más que la diversión del momento para desechar el fastidio. ¿Donde quedan los valores superiores del hombre y de la sociedad la noble contemplación teórica de la verdad, la exaltación e inculcación de las virtudes morales; la estima y la práctica de la religión? ¿Quién educa para el sacrificio de sí mismo en aras de un ideal? ¿O de los propios intereses en beneficio de la sociedad? ¿O para la renuncia de los propios caprichos para alivio de los padecimientos ajenos? En fin, la enseñanza en toda su amplitud se está deshumanizando o, si se prefiere, contribuye a que el hombre se deshumanice. El aspecto técnico y el lúdico han llegado a superar y casi absorber los demás aspectos humanos: el hombre ha sido vencido por el progreso, que debería haberse hecho a medida del hombre de "todo el hombre", no solamente "del hombre que produce y se divierte". Economía, utilitarismo.

Ese desmedido afán de servir de la ciencia y de la técnica (o mejor en plural, de las "ciencias" y de las "técnicas") para conseguir lo útil, lo práctico, puede llegar a resultados contradictorios: La prueba está patente en el acontecimiento que mayor resonancia ha conseguido en los últimos lustros: La invención y aplicación de las novísimas armas termonucleares con su apocalíptica fuerza destructora. ¿Adonde va el género humano por ese camino?

¿Hasta que abismo puede llevar al género humano el progreso más adelantado y la técnica más asombrosa lanzados en semejante dirección? Al totalicidio.

Y a pesar de eso, hay que confesar que ese resultado es fruto legítimo de la cultura o del progreso, o de la civilización contemporánea entendida en sentido materialista y utilitario. En efecto, en tiempo de guerra un arma es tanto más útil cuanto mejor sirva para destruir al adversario: Es así que utilísimas para eso resultan las bombas atómicas la de hidrógeno, la de cobalto... Luego... Pero el adversario puede discurrir con igual razón y sobre idéntica base. Por lo mismo construirá otras tan potentes y destructoras. ¿Resultado? La destrucción de la vida sobre la tierra. A tanto puede condu-

falta de sólida personalidad humana y cristiana de muchos de nuestros jóvenes universitarios de ambos sexos, y de muchos hombres y mujeres ya casados y profesionales, hemos de atribuirle, en gran parte, a los centros de la Iglesia que no supieron educarles para la vida. A veces nos veremos obligados incluso a reconocer que en ciertos centros religiosos existen factores positivos de deseducación humana y cristiana"

(J. M. Alvarez Peña, la Enseñanza de La Iglesia es oportuna. En RENO (PP. Reparadores), Marzo 1962, Madrid p. 8)

A continuación esta serie de preguntas en tono de invectiva:

¿"Por qué incluso entre ex-alumnos de centros de la Iglesia hay tantos cristianos defor-

LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

cir una civilización basada en el utilitarismo, negando o desconociendo los demás aspectos y valores humanos. Una monstruosidad: Algo así como si a una persona le creciera desmesuradamente un brazo y se le acortase el otro.

CRITICA A LA EDUCACION DE LA IGLESIA

Restringiendo la autocritica a un campo más reducido, a la educación dada en los centros eclesiásticos de España, se oyen semejantes, aunque no tan duros reproches. Recojo algunos al azar, espigados en publicaciones religiosas.

"Si cerca del 80% los alumnos de enseñanza media cursan sus estudios en centros de la Iglesia, al enfrentarnos con la

mados moral e ideológicamente? ¿Por qué para muchos la salida del Colegio supone ruptura con las prácticas esenciales de la vida cristiana? ¿Por qué son irreligiosos muchos de los ex-alumnos y ex-alumnas de los centros de la Iglesia? ¿Por qué ese anticlericalismo creciente y alarmante, que ya presenta aspectos de gravedad de esos mis ex-alumnos? ¿Por qué esa falsedad moral e hipocresía de bastantes de los que siguen yendo a Misa? ¿Por qué esa falta de sentido social de muchos — casi nos atreveríamos a decir de la gran mayoría — de los hombres que proceden de centros de la Iglesia? ¿Por qué es tan exiguo el número de ellos y ellas que quieren seguir manteniendo contacto con sus educadores? ¿Por qué se oye decir cada vez con más frecuencia a muchos y a muchas que nunca

enviarán sus hijos a los centros en que ellos se formaron? ¿Por qué tantos cristianos antiguos alumnos de centros de la Iglesia no saben llevar su cristianismo a su vida social, profesional, económica o política? ¿Por qué esa división entre el ciudadano, el hombre de negocios o el hombre profesional, por su parte, y el critiano que acaso va a misa y hasta comulga?

Ante todo habrá que recordar la respuesta que una Superiora de un Colegio religioso dió a una serie de preguntas similares a las transcritas: "Porque los niños y niñas, o también los jóvenes y las jóvenes oyen en sus casas lo contrario de cuanto enseñamos en el Colegio; y sobre todo, portenía razón: hablaba por expeque lo ven". Aquella religiosa riencia y con autoridad. Además el hecho es en sí tan evidente que no se necesitan muchas razones para demostrarlo. Según esto, ¿ Sobre quién recae la responsabilidad de las defeciones: sobre las fallas en los sistemas educacionales de los centros de la Iglesia (del Estado) o sobre las malas costumbres de las familias con sus imprudencias y desarreglada conducta?

No solo las familias, como afirmaba aquella superiora sino quizá la principal responsable sea la misma sociedad con el utilitarismo materialista reinante; digo el que reina en ciertos sectores "mundanos", "modernos" aun dentro de las naciones que, como la nuestra, son y presumen de católicas. En las no tales el mal es mas grave todavía. Cuando se habla del "mal", entiéndese lo defectuoso de la educación, lo unilateral de la cultura, los defectos del progreso, las faltas de la civilización contemporánea— técnica, utilitaria, materialista, egoista — sin humanismo, sin caridad, sin moral, sin religiosidad: o con todos estos valores muy disminuidos.

Al mismo tiempo cualquiera ve que la educación debe ser completa que debe llevar consigo la formación del hombre y de la mujer en todos los órdenes. O dicho con palabras pontificias (Pío XI, Divini Illius Magistri, Pío XII en numerosas **alocuciones**): La educación integral debería comprender estos tres aspectos: a) el **individual** — educación física, de los instintos, la formación de la inteligencia, del corazón, de la voluntad, del carácter; b) el **social**: Convivencia en el res-

peto de los derechos ajenos, en el cumplimiento de los deberes para con la sociedad como tal, la familiar y la civil, además de la caridad social:

c) el **sobrenatural** o cristiano, mirando al hombre (comenzando cada uno por si mismo) como a hijo de Dios, hasta formar perfecto critianismo de nuestro tiempo. Basta el siguiente texto de Pío XII:

La educación, para ser completa "debe comprender la **educación física**, que fortalece las energías del cuerpo; **educación intelectual**, que desarrolla y enriquece las facultades del espíritu; **educación moral y religiosa**, sobre todo, que ilumina y guía la inteligencia, que forma la voluntad y la hace vigorosa, que disciplina y santifica las costumbres, y que solo ella da a la imagen de Dios su semejanza con el divino modelo, que la hace digna de ocupar un puesto en las moradas eternas" (5 de agosto de 1951).

Es decir, la educación integral debería capacitar al hombre para conseguir todos esos fines.

FORMACION MORAL

Cotejando con esta paradigma doctrinal aquella situación lamentaba al principio, venimos a deducir que el principal defecto de la educación del género humano en nuestros días es la falta de formación moral.

Pero esta misma situación es la que hace mas apreciable, casi imprescindible por todo el mundo, la labor docente y educadora de la Iglesia. Porque ¿Quién mejor que ella está capacitada para formar la conciencia moral de los hombres? ¿Que autoridad pedagógica superará la suya en cuanto a eficacia para esculpir en el corazón y en la inteligencia del hombre la fuerza obligatoria de los preceptos de la ley natural en sus tres series y la de los mandamientos del Decálogo divinamente revelado?

A demostrar esto último — por si el testimonio de la historia no fuera suficiente — se dirigen las consideraciones que siguen:

La moral: las convicciones éticas dotadas de eficiencia, no

pueden fundamentarse mas que en dos bases doctrinales: una natural, la fisiología; y otra sobrenatural, la revelación divina que se acepta por la fe. En cuanto a la primera, es obvio que según sea el concepto que uno haya formado de la dignidad del hombre, de su destino, de su dependencia respecto a Dios o al contrario de su independencia absoluta en el caso de que Dios no exista; así será el concepto que se formará de los deberes propios, de los derechos ajenos y de las obligaciones sociales. Pero también es claro (porque así lo muestra la historia) que precisamente acerca de esas verdades o valores básicos se dan en la filosofía contemporánea, en la cultura de nuestros días, tantas inexactitudes, tantas discrepancias, tales errores que difícilmente puede servir dicha filosofía de seguro mentor para el género humano. Y afirmamos esto sin seguir la opinión de quienes sostienen que la moral puramente natural resulta ineficaz para impulsar al hombre común a renunciar a sus apetitos, sujetar las pasiones y domesticar sus instintos. Queda, pues el recurso a revelación; a los mandamientos que se imponen con autoridad recibida de Dios y transmitida a lo largo de los siglos por una iglesia que tiene sobrenatural garantía de perennidad. En este asunto ¿Quién podrá compararse (individuo o corporación) en autoridad, competencia y experiencia pluri-secular con el catolicismo?

Y para que no se piense que afirmamos esta oportunidad y hasta necesidad de la labor docente de la Iglesia sin razones objetivas, vayan a continuación algunas pruebas:

1º ¿En que circunstancias desempeñará una persona su oficio con mayor esmero, constancia y alegría; y por consiguiente con mayor fruto? En progresión de menos o mas quizá puedan reducirse a las cuatro siguientes las numerosas gradaciones que en similares casos pueden ocurrir:

a) Trabajar por el salario, por interés bien entendido, y justificado, es decir para ganarse decorosamente el sustento.

b) Dedicarse a una tarea no sólo por interés, sino también por inclinación y tendencia natural, con alegría en el trabajo.

c) Realizar eso mismo por un motivo ulterior, la caridad o a lo menos el altruismo; o el amor a la patria cuya prosperidad se intenta conseguir con el esfuerzo propio, mediante la función actual del trabajo.

d) Finalmente, entregarse con fervor al cumplimiento del deber contraído por vocación divina, por amor de Dios y del prójimo, porque así Dios lo quiere de nosotros; y haciendo así nosotros alegramos a El y procuramos su gloria, y merecemos la recompensa celestial y eterna.

Evidentemente, en igualdad de circunstancias, el maestro que obra impulsado por esta motivación superará a los pedagogos que sólo actúan movidos por las precedentes, en diligencia, esmero y sacrificio. Sobre todo si a este último motivo junta todos los anteriores y demás fines honestos compatibles con él. ¿Que decir, pues, de un religioso o religiosa que a la educación de la juventud o la niñez se ha dedicado por vocación, no sólo suya personal, sino también por la misión de su orden, congregación o instituto? ¿Y esto con la preparación que implica y supone el hecho de haber sido aprobado por la Iglesia; que vale tanto como decir que todo está conforme con el beneplácito de Dios? Salta a la vista.

2º Añádase a esto la apreciable circunstancia de la cooperación, más aún de la mutua penetración en el desempeño de su tarea educativa de todos los maestros y maestras de un centro docente, cuando todos ellos o ellas pertenecen a un mismo superior o superiora, a una comunidad religiosa, bajo y unas mismas normas jurídicas aprobadas religiosamente: las respectivas reglas y constituciones. Tan clara parece la conclusión que no estimo necesario deducirla explícitamente.

3º Además de esto la destinación del religioso o religiosa a la labor docente educativa, hecha por sus superiores después de maduro examen y basándose en su actitud y preparación, ofrece la máxima garantía que en tales asuntos se puede desear. Lo cual no es tan fácil de conseguir tratándose de profesores seculares, que viven aislados, que son elegidos por el

sistema de oposiciones o de la recomendación; y esto aun admitiendo que pueden estar adornados de dotes superiores a las de un religioso o religiosa y de preparación doctrinal y metodológica tan esmerada y concienzuda como la de aquellos.

4º El articulista anteriormente citado señala tres motivos más a favor de la enseñanza de la Iglesia en cuanto ella garantiza mejor que otra cualquiera la formación integral de los alumnos: A) Procura mejor la unidad en la formación intelectual; B) Consigue la armonía entre la ciencia y la fe; C) Y favorece el contacto entre los padres de familia y el centro docente en orden a la formación de los alumnos.

La verdad de este último resulta patente de los mismos hechos.

La demostración de lo segundo aparece clara teniendo en cuenta que los educadores de los centros de la Iglesia — sacerdotes, simples religiosos y hasta religiosas — están firmemente fundados en las verdades de la fe, y generalmente poseen una cultura religiosa notablemente amplia. Con lo cual están preparados para hacer ver a los alumnos la conformidad de las verdades científicas (Entiéndase bien, de las verdades ciertamente tales, todas; no de las hipótesis o teorías, o no de todas por lo menos) con las verdades de nuestra santa religión.

En cuanto a lo primero, basta recordar que la Iglesia guarda celosamente — aun a costa de dolorosos sacrificios a lo largo de la historia — la unidad de las verdades contenidas en el depósito de la revelación; y la integridad de la ley natural y de los mandamientos divinos en la práctica de la vida moral. En cuanto a esto no existe entre los pedagogos católicos oposición, contraste, ni siquiera diversidad; sino concordia y unidad de doctrina y enfoque. El alumno lo habrá de ver pronto o tarde; más bien pronto... Con ello se formará un juicio exacto y cierto de los problemas fundamentales y de las soluciones correspondientes. En cuanto a lo demás — lo opinable o lo

no descubierto con certeza todavía deja amplio margen de investigación y libertad de opinar, según el antiguo apotema ya recordado por San Agustín: "In dubilis libertas, in certis unitas, in omnibus caritas".

Finalmente, queda por recordar un elemento importantísimo: La preparación personal, individual, de cada maestro; su diligencia, su esmero su perseverancia, su autoperfeccionamiento a lo largo de su enseñanza fundado en la experiencia propia y ajena; su amor por los alumnos. Termino con el siguiente laudabilísimo testimonio de su Santidad Pío XI a este propósito. El solo vale por muchos comentarios.

"Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas legislaciones cuanto principalmente de los buenos maestros, que, egregiamente preparados e instruidos, cada uno en la disciplina que debe enseñar, y adornados de las cualidades intelectuales y morales que su importantísimo oficio reclama, arden en puro y divino amor hacia los jóvenes a ellos confiados, precisamente porque aman a Jesucristo y a su Iglesia, de quien aquellos son hijos predilectos, y por lo mismo buscan con todo empeño el verdadero bien de las familias y de su patria. Por eso Nos llena el alma de consuelo y de gratitud hacia la bondad Divina al ver como, juntamente con religiosos dedicados a la enseñanza, un tan gran número de maestros y de maestras excelentes — aun organizados, a veces, en congregaciones y asociaciones especiales para cultivar mucho mejor su espíritu, las cuales por esto son de alabar y promover como nobilísimos y potentes auxiliares de la **Acción Católica** — trabajan con desinterés, celo y constancia en la que San Gregorio Nacianceno llama **Arte de las Artes y Ciencia de las Ciencias** (Oratio 2 pg. 35, 426 de regir y formar la juventud" (Divini Illius Magistri n. 55)

P. PELAYO ZAMAYON

Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca.